AÑO II. MADRID, 1 DE OCTUBRE DE 1922. NÚM. 12.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

DE OCULTISMO BIOLÓGICO

La Vaca pentápoda, ante la Ciencia y ante la Teosofía.

Cuando publicamos nuestros comentarios a la genial obra de H. P. Blavatsky, POR LAS GRUTAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN, y los seudo-doctos leyeron los paisajes relativos a «la célebre *Vaca de las cinco patas*» de que allí extensamente se habla, exclamaron como de costumbre: «¡Fantasías teosóficas; locuras ocultistas!», lo que no les impedía, sin embargo, seguir en su más práctica adoración al «Becerro de Oro» de nuestros tristes tiempos positivistas.

Y los teósofos, por su parte, temerosos quizá de hacer mal papel algunos entre las gentes «bien» (léase «gentes vulgares y anodinas») pasaron como sobre flores por aquellas páginas en las que se nos hablaba de una

cierta Vaca provista en su morrillo de una quinta «pata», un «semibrazo» por demás raro y peregrino, no obstante aparecer seriamente descripta también la tal Vaca por el coronel Olcott, en los primeros capítulos de la *Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica*, consagrados a relatar la vida de los fundadores de ésta en la India (serie 2.ª).

Nosotros, que, a fuer de teósofos estrictos, es decir, librepensadores al par que críticos pero sin esa crítica hostil de nuestros doctos que suele ser las más veces dogmatismo o grosería, nos propusimos no pasar por alto semejantes pasajes, sin apurar su contenido, eminentemente desconocido aunque científico.

Y la suerte ha coronado nuestros afanes. ¡Hemos visto, y medio Madrid ha podido ver con nosotros, a la famosa Vaca! Pero, antes de hablar de ello, sigamos haciendo historia.

Ya en el número inaugural de HESPERIA (noviembre de 1921) hicimos un comentario al artículo de nuestro amigo D. Vicente Risco «Do culto d'a Vaca Astral na Galizia», tocado aquel artículo del mismo defecto de todos los de nuestros doctos: el escepticismo, bajo pretexto de huir de lo que jamás puede huir el hombre: ¡de la divina Imaginación, clave de la Magia, cuando se asocia debidamente a la fuerza de la Voluntad y a la pureza de la vida...! Demostramos, en efecto, la importancia excepcional del mito de la Vaca—probablemente pentápoda—en todos los cultos primitivos (1). Y

---

(1) El artículo en cuestión mereció a D. L. Amado Carballo, en el número 153 de la revista gallega *A Nosa Terra*, el siguiente notabilísimo comentario:

«Confieso sinceramente que no pensaba responder al Sr. Risco sobre las alusiones que me hace en su artículo «Do culto d'a Vaca Astral na Galizia», pero, días pasados, hojeando la revista HESPERIA, que dirige el eminente ocultista Roso de Luna, vime sorprendido con que el «discutido polígrafo» responde a las alusiones de mi admirado paisano, y aduce algunas pruebas en favor de mi opinión, por lo cual entendí no debía seguir guardando silencio, máxime teniendo argumentos también para contrarrestar la afirmación de este último señor...

»Decía en mi artículo que el culto de la Vaca Astral tuvo también prosélitos en Galicia, apoyándome en lo que dice mi pariente D. Celso García de la Riega, en su obra *Galicia Antigua*, a saber: «que el cuerpo «do apóstol Sant Iago» fué enterrado en un templo donde se rendía culto a la Vaca, después de derribar al ídolo.» Hablaba también de la tradición de las Vacas de Hércules y, por último, de los nombres de Cecebre, Ceceris, Tourón, Tourir, etc.

»De aquí mi asombro ante el aserto del profesor de Orense relativo a «que no existe prueba alguna de semejante culto en Galicia». Para no formar, pues, mal concepto de él, espero que hable sobre tan interesante particular.»

Para hacer más comprensiva esta nota, permítasenos consignar los párra-

no nos contentamos con esto, sino que revisando textos de Biología nos encontramos con que en la sesión de la Real Sociedad Española de Historia Natural del 8 de noviembre de 1905 (página 415 del Boletín de la misma) aparecía entre las comunicaciones verbales la siguiente e interesantísima: «El Sr. Rioja mostró varias fotografías de un toro y de una vaca que ofrecen la anomalía de presentar una quinta pata dorsal, que en el toro termina por cinco dedos provistos de otras tantas fuertes garras, acordándose se publicasen dos del toro para dar idea de tan singular fenómeno a nuestros consocios.»

Y, en efecto, las láminas III y IV del tomo V correspondiente nos las

---

fos finales de nuestro artículo, en los que se copiaba lo siguiente, del del señor Risco:

«Yo veo en el símbolo de la Vaca la representación de la Naturaleza, o mejor aún, de la Tierra, en realidad de la Luna. Entonces soy ya un adorador de la Vaca...

Pues bien: el nombre griego clásico de la Vaca Astral es *Io*, derivado de *Iao*. De *Iao* aparece una inscripción gnóstica en Astorga y que, según aseguran el Dr. Macías y el P. Fita, es de origen priscilianista. Prisciliano, altamente instruído en las ciencias sincréticas de su tiempo y también, según se presume, en los propios misterios del druidismo (cuyos recuerdos más o menos lejanos aún se conservaban, dado que muchos de ellos hasta han llegado a nosotros y a nuestra propia *fouce* simbólica, en recuerdo más o menos consciente de la liturgia druídica); Prisciliano, decimos, conocía con toda seguridad la importancia del nombre de *Iao*, y más de la Vaca Astral, pues que se sospecha si bebió de su leche, o sea de la sabiduría aria.

Cúmplenos, asimismo, el fijarnos bien en la afinidad del gallego, por las vocales y los finales en diptongo, y ya que esta es ocasión oportuna, anotemos una curiosa toponimia de mi tierra de Caldelas: *Montem-iao*...

Inspirado estuvo, pues, Antón Villar Ponte al hablar de la ofrenda de *leche* y de *miel*, o leche de la Vaca Astral (Sabiduría de la Tierra) y de nuestra doctrina... Nosotros, en efecto, conservamos el *panteísmo celto-ligur*, que es consustancial con nosotros. Hace poco que tropecé en un opúsculo del ilustre Dr. Novoa Santos, y en el que vi que su *intuición introspectiva* no era sino la Vaca Astral.

La Vaca anda, pues, entre nosotros, y en el fondo del alma todos somos adoradores de la Bermeja Vaca. Cosa que demuestra que hay cierta región en el mundo en la que los sones más fantásticos son los más ciertos; pero no conviene olvidarnos de que semejante comarca no pertenece al mundo de la materia. Este asunto, además, se relaciona con otro de gran importancia también: el de la verdad de la leyenda, con independencia de la verdad histórica, cosa probada primero por los alemanes románticos como Federico Schlegel, luego por Schleiermacher, y, en fin, por los simbolistas franceses, como Mallarmé y Villiers de l'Isle Adam.»

muestran admirablemente reproducidas. ¡La ciencia, pues, ya iba cayendo de su... *Vaca*, aunque sin darse todavía a partido!

Pocos días después de nuestro artículo, el querido colaborador D. Iván de Nogales, con telegrama urgente desde Lisboa, nos alarmaba diciéndonos «haber visto, por fin, a la *pentápoda*, expuesta en un barracón de la capital lusitana, y dos días después nos remitía, en carta, el diseño de la «pata» o «mano» consabida. Por último, el animáculo en cuestión bien pronto hizo su presentación también en las primeras verbenas de la corte de España, donde nos apresuramos a admirarla en unión de varios veterinarios, que nada práctico pudieron decir sobre «el fenómeno», mero *injerto*, a su juicio, o pura teratología que era como un raro capricho de la Madre-Naturaleza...» ¡Siempre la misma la Ciencia de Occidente: «fantasía», lo que aún no conoce *ella*, y «capricho inexplicable», así que *ella* lo ha visto! ¡También los fósiles de ciertas montañas se creyeron «conchas de los peregrinos a Santiago de Galicia», y «meros caprichos de la Naturaleza» los cristales naturales...! *Transeat*.

Y más que la presencia de la dicha «pata» colgando del morrillo de la suiza *vaquiña*, hubo de sorprendernos la contextura de la «pata» misma. Recuérdenlo cuantos han podido contemplarla en su contextura rígida, anquilosada, sin músculos, ni más elementos anatómicos que huesos y pellejo, con ligeros tejidos conjuntivos. ¡No era una pata que pudiera referirse más o menos a las de los bovinos ni ningún otro cuadrumano, sino un verdadero «brazo humano», con su húmero, su cúbito y su radio, su mano provista de dos duros muñones, de uno de los cuales arrancaban tres y del otro dos uñas, o más bien semipezuñas, pero todo como los brazos de los hemipléjicos o los de los afectados de otras enfermedades de la columna vertebral, y por cierto con un durísimo pezón en forma de mama humana al lado de la axila de inserción de aquel colgajo huesoso teratológico!

La primera observación que sugiere semejante rareza es la de que, dada la analogía absoluta que dicho apéndice presenta en todos los casos observados, se trata, ¡perdón, señores biólogos!, de «una anormalidad que sigue normas o reglas constantes», ¡una anormalidad *normal*, si vale la paradoja!

Diríase que el rígido colgajo en cuestión, en su organización anormal «humana» es, dentro del animal, una a modo de superfetación, una como expulsión de elementos biológicos extraños al organismo bovino, algo así, valga la frase, como cuando las turbias aguas de un río recobran su pureza vertiendo en el mar o remansando en entrambas orillas cuantos elemen-

tos extraños las ensuciasen. En otros términos, un tanto descarnados, pero muy de acuerdo con las doctrinas expuestas en el segundo tomo de *La Doctrina Secreta:* ¿se trata quizá de algo inconfesable relacionado con problemáticos crímenes de bestialidad que la Naturaleza, que siempre deja huellas, acaba revelando en el nuevo sér, ya que no con una hibridación imposible hoy, dentro de la actual estabilidad de las especies y la gran distancia evolutiva que media entre el bovino y el hombre, al menos con el cruce de las dos naturalezas de los progenitores, cruce en el cual la inferior logra expulsar a los elementos extraños de la más elevada? ¿Sería ello la base del culto necromante a la Vaca, que aún nos ha podido conservar la demopedia galaica igual que la demopedia hindú de los shadus, o «saduceos», es decir, de los partidarios del Vishnú idolátrico?

El enunciado de tamaños problemas cabe bien aquí: su solución, sin embargo, es asunto que naturalmente se sale de los límites de un artículo como el presente. Que los biólogos digan antes su opinión sobre el asunto.

Y entre tanto, admiremos una vez más la intuición sublime de la maestra H. P. B., que, despreciando los sarcasmos de doctos que no son sino efectivos ignorantes, nos habló la primera de la *Vaca pentápoda,* no sólo la Vaca física, sino la «Vaca astral», que es otro problema más obscuro aún y sobre el que carecemos por hoy de documentos que puedan ilustrarnos.

DR. ROSO DE LUNA.

El meritísimo librero teósofo D. Ramón Maynadé (Princesa, 14, Barcelona), acaba de dar a la publicidad el primero y segundo tomos de la segunda edición española de la obra cumbre de H. P. Blavasky La Doctrina Secreta, *corregida a la vista de la última edición inglesa.*

En el número próximo de HESPERIA *se darán los detalles de este tan laudable esfuerzo en pro de las ideas teosóficas en los paises de lengua española, esfuerzo que viene a facilitar grandemente la labor de comentarios emprendida por nosotros respecto de dicha obra e inaugurada con los dos primeros tomos de nuestra «Biblioteca poligráfica blavaskyana» que lleva por título, respectivamente,* Una mártir del siglo XIX—Helena Petrovna Blavasky, fundadora de la Sociedad Teosófica *y* Simbologia arcaica, *tomos XXII y XXIII de las obras completas del Dr. Roso de Luna.*

"MANZANAS DE ORO"

LOS DOS PERSONALISMOS

Aunque mucho de la persona del artista viva en su obra, el autor, como tal, sitúase fuera de ella, apareciendo como espectador. De lo contrario, quedaría limitado, empequeñecido, catalogado... Y el espíritu fuerte, el alma *mater*, no se rinde jamás a eso, sino que para contemplar el mundo se eleva mentalmente a la más alta estrella, como quería Valle-Inclán, y ambiciona—esto el genio siempre lo consigue—ampliar la esfera de su percepción, de su conocimiento substancial, de manera que, dentro del círculo de sus propias sensaciones cordiales o psíquicas, quepan las vidas de todos los seres que vamos observando. ¡Oh, noble anhelo de la Ciencia y del Arte! De esta suerte se hace real el pensamiento que Pérez de Ayala formuló en estas palabras: «La misión del hombre es catalogar el Universo y devolvérselo a Dios en orden...»

La egolatría enjuiciada por un entendimiento trivial resulta mezquina, odiosa. Por el contrario, sentida por un espíritu sereno y noble, denota, no el amor a uno mismo, en la vulgar acepción de esta frase, sino reverencia y acatamiento al alma superior que nos eleva a la parte sutil y divina de nuestro ser. Tal sentimiento, lejos de hacernos egoístas, nos torna sencillos, nos hace mejores, impulsándonos a la selección; y generosos cuando, buscando las dulces emociones—¡oh, la Estética!—fuera de nosotros mismos, reconocemos y gustamos la pureza y excelencias de los demás. Es decir, que se siente uno felizmente influído por *algo* que viene a nosotros y nos hace superiores; algo que es único y eterno: se ama a Dios. Del mismo modo la sensación del legítimo orgullo es justificada, es ennoblecida por un Víctor Hugo, que, en nombre de Dios y de la Belleza, increpaba, con apocalípticos apóstrofes, a los seres que no percibían—hundidos en sus miserias, topos de la Vida—la luz que a él transformábale en un semidiós. Como el desacreditado romanticismo es *practicado*, con sangre y cerebro, por el mago Rubén, que le hace cantar:

«¿Quién que Es, no es romántico...?»

Cuando, súbitamente, nos parece tener alas en los pies, porque nuestro intelecto se inflama, nuestra personalidad, espontáneamente, acrece, y una llamarada permanente excita nuestra imaginación; cuando un desconocido impulso agita con calor extraño nuestros nervios; cuando nuestro corazón nos avisa con latidos inmortales, cual si antes de un segundo hubiésemos de poner nuestras plantas en otro planeta—mundo desconocido, que, no obstante, la dorada ilusión nos muestra como definitivo para la salvación y la gloria humana—; cuando nuestra mirada hácese más potente y el alma nos dice, casi

imperceptiblemente, borrando toda nuestra necia modestia y afirmándonos con sus sabias y bíblicas palabras: *Ego sum qui sum;* cuando, sintiéndonos arrobados de embriaguez artística, cual Velázquez ante el impoluto lienzo que reclamaba su visión del Cristo, la voz interior nos susurra: «Mira, pero mira en ti mismo, como si cerraras los ojos»; cuando, obedeciendo ciegamente, encantados, poseídos de divina inspiración, miramos, y mirando en nosotros mismos, vemos un mundo que no es este mundo que habitamos, un mundo en el que bullen, sí, las personas, los objetos que habíamos conocido, aunque separados por enormes distancias, tal que el planeta; y le vemos grande como es en su inmensidad, o feroz o bello en nuestra fantasía; vemos un mundo que nace de nuestro propio dominio consciente y, entonces, pensamos exaltados, ingenuos: «Esto es mío, existe en mí; sólo yo puedo darle vida con el pincel, o con el buril o con la pluma; mas, si quiero, de un soplo lo destruyo. Con menos de un soplo. Así. Dejando de pensar. Dejando de soñar.»

Después, al tornar a presenciar la vida árida que nos rodea, acabamos por reirnos interiormente, sin poder ocultar un gesto de desdén o de absoluta penetración y comprensión, o de mostrarnos como ángel con las alas cortadas; y he aquí que, observando la existencia de los otros, al medir el espacio y el tiempo, pensamos con delicioso júbilo, es lo que a veces las gentes «sensatas» y «prácticas» califican de «raptos de locura»: «Yo poseo un riquísimo cendal, más sutil que el cristal mismo que filtra la luz; por este filtro mío pasa la vida, que, al iluminarse en mi cerebro, va presentándome sus inacabables matices; va clasificándose y ordenándose, y, por fin, de todas las sustancias se forma un todo que aspira a encarnar en los seres, a deleitarlos o a mejorarlos; y esta forma que produce el pensamiento, es unas veces como un espejo de la realidad, otras un dibujo, ora una historia, cuáles son fragmentos de vidas y, por último, la combinación acabada del espíritu que logra constituirse en Arte, para luego, difundido en el universo, sembrar idealidades y volver a Ser, pero tan distinto como la Eternidad de la que procede... Además yo no sólo veo entonces lo que recoge mi retina y lo que constituye el simple recuerdo; yo veo, a la vez que lo que me rodea, lo presente y también cuanto he conocido y he visto; lo veo de un vuelo del espíritu, veloz como el relámpago y cual si se me presentara en un cuadro reducido cuanto esa visión abarca. Alguna vez no supe, en un instante, dónde estaba, pues me pareció sentir un desdoble, como un flúido que se multiplicaba, dándome una tenue vaporosa sensación de que me hallaba en distintos lugares, alejados entre sí...»

ANTONIO ALARCÓN CAPILLA (1).

---

(1) Estas sublimes ideas aparecen en el prólogo de la reciente obra del joven novelista, obra que lleva por título *El encuentro de dos almas*, y cuya belleza literaria no la exime del gran defecto de nuestra tristísima novela sexual y realista, ni de los consabidos peligros ocultos que entraña la funesta teoría de «las almas gemelas», escollo de tantos teósofos y pensadores sinceros.—*N. de la D.*

INTELIGENCIA, FUERZA Y MATERIA

LA TRINIDAD UNIVERSAL

No se concibe oración completa sin sujeto, verbo y atributo, ni relación sin sujeto activo, acto y sujeto pasivo. Esto mismo observamos en el Universo: *Inteligencia*, *Fuerza* y *Materia*, esto constituye la Trinidad Universal, o sea *Dios*. Todo ello es Eterno, aunque variable en sus aspectos; a esa variación es a lo que llamamos *evolución*.

¿Tiene algún fin la evolución...? Seguramente; pero el sér humano es tan limitado que está incapacitado para abarcar lo inconmensurable y sus obras en conjunto; yo, a mi vez, preguntaré: ¿es posible que exista una inteligencia inactiva? No cabe inteligencia sin volición, y volición sin una tendencia o fin. Lo que es verdad en las inteligencias menores, como con la del hombre, a mayor abundamiento lo será para *la Inteligencia suprema*.

De todo tiempo, seguramente antes de la época neolítica, se ha atribuído al *Sér* por excelencia un fin; de la Divinidad se ha formado un concepto distinto en relación con el estado mental de la época y del lugar, atribuyéndola fines y pasiones antropomórficos; ello influyó en la diversidad de religiones, pero todas, aun con denominaciones distintas, reconocieron la Trinidad Universal *Inteligencia*, *Fuerza* y *Materia*.

Hoy presumimos ser poseedores de la omnisciencia, de hallarnos en el pináculo del progreso; se desprecian las antiguas creencias, no precisamente por su *forma externa*, sino, lo que es peor, *por su fondo*, el cual en cada una de ellas no es otro que la enseñanza de *la Moral absoluta*, aun cuando vaya un tanto envuelta con supersticiones y prejuicios atávicos. Desde hace noventa años para presumir de sabiduría precisaba reconocer sólo dos de los elementos *universales: Fuerza* y *Materia* (de la *Inteligencia* se prescindía, confundiéndola con la fuerza, es decir, llegaban al absurdo de admitir sujeto pasivo y relación, sin que hubiese sujeto activo); para ellos la evolución era obra de aquellos dos elementos. Así los evolucionistas se dividieron en distintas escuelas; según el punto de vista que cada una adoptaba, cada una vería un ligero rayo de luz; pero su exclusivismo la impedía adelantar notablemente por el camino de la verdad; hubo escuela que admitió *la finalidad* en la evolución; ¿es posible que exista algún fin sin un *Sér* que se lo proponga...? Anteriormente a éstos, los darwinistas, creo, atribuyeron la evolución a causas mecánicas (activas o

por el uso, o pasivas o por el no uso); unos admitían la evolución paulatina, otros la suponían por saltos..., todos olvidaban el Elemento Inteligencia.

Los más modernos hacen intervenir algo nuevo (siquiera como «palabra»), el «impulso vital»; éstos, inconscientemente, se van aproximando al espiritualismo, ya que también reconocen la armonía en el Universo; ¿cabe armonía sin *Inteligencia?*

Todo en la Naturaleza nos presenta principios inmutables, cuyo fondo constitutivo desconocemos, está fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia; nuestros sabios sólo logran anotar manifestaciones ordenadas a las cuales llaman leyes; esos principios inmutables, esas manifestaciones ordenadas y armónicas son exteriorizaciones de *una Inteligencia.* ¡Pobres seres humanos! ¡Qué lejos estamos de poder conocer los principios fundamentales...! Todos nuestros conocimientos son relativos, sujetos a errores; para convencerse basta leer cualquier tratado de física o de química en el cual se haga algo de historia; ¿y qué diremos al repasar las ideas que en tiempos se tenían de la cosmografía...? ¿No padeceremos tantos errores como en la antigüedad, en la que se daba al sol la superficie del Peloponeso? Ningún astro, de fuera de nuestro sistema solar, ocupa el punto que parece ocupar en el espacio; tanto es así que, si nos fuese dable ver el verdadero lugar en el cual cada uno se halla, nos creeríamos transportados a otro sitio desconocido del espacio; recibimos la luz que algunos soles emitieron hace treinta y tres años, otros hace tres mil quinientos años, etc.; véase si hay diferencias y puntos intermedios posibles; luego en realidad existe diferencia grande en la verdadera situación de los astros entre sí; sin embargo, nuestros astrónomos hacen interesantes observaciones, notan un orden; ello obedece a que los errores de posiciones relativas son constantes; forzoso es reconocer que la ciencia humana es relativa aun en aquello que tenemos por más cierto.

Si el orden preside en el mundo físico, igualmente ha de existir el terreno psicológico, y de lo moral, si hallamos anomalías que nos parecen inexplicables, ello es debido también a nuestra imperfección, a que sólo se nos alcanzan verdades relativas; esos períodos de tumulto, cual el actual de Rusia, precisamente son consecuencia del orden, son consecuencias obligadas del desgaste del régimen anterior. Existen en la sociedad reacciones como en las combinaciones químicas: los átomos se entrechocan, se combinan algunos; lo que no tiene afinidad se precipita al fondo, quedando una nueva combinación; surge un nuevo estado o régimen distinto del antiguo y que difiere notablemente del que aparecía durante el período de revolución (o combinación tumultuosa); será un nuevo orden social

que no es siempre fácil predeterminar, pero orden al fin, reflejo de una inteligencia; así ha venido evolucionando la sociedad desde el estado nómado salvaje al patriarcal, de éste al de las embrionarias Repúblicas, luego a la Monarquía electiva, etc..., hasta nuestros días; y ¿quién es capaz de adivinar cuál será el régimen imperante dentro de cinco siglos? Dos principios he creído notar en la Historia: «Todo poder, sea unipersonal o »pluripersonal, tiende a extender su acción hasta llegar al despotismo. »Cada poder cae más a consecuencia de sus propios abusos que bajo el »empuje de las teorías que lo combaten.» Esto es corolario de lo primero; todo ello se aplica, no sólo a lo que entendemos por Poder, sino que también a la sociedad en sí y sus clases, incluso a las civilizaciones que desaparecieron. Es consecuencia del dictado de la *inteligencia* por *excelencia; ella* quiere el bien; todo lo que a él se oponga tiene su sanción, que no es precisamente tan pequeña y particular cual las religiones dicen (así tienen que hacerlo para hacerse entender de las masas incultas); esa sanción para las sociedades en la Historia la vemos. En el orden individual también existirá, aunque en verdad no siempre la veamos; pero ¿no podría ser la evolución? La materia cambia de aspecto, pero no desaparece. ¿Por qué habrá de desaparecer la inteligencia humana, o sea el alma? ¿No podrá ella también *evolucionar* y *perfeccionarse*, separándose de las inferiores, cual el aceite sobrenada encima del agua? A medida que ella se desmaterializa, es probable que tratará, e incluso sin esfuerzo, se reunirá a otras que se hallen en su mismo estado, y así sucesivamente se acercará a la *inteligencia suprema*, sin nunca poderla alcanzar, sin embargo, según presumo.

Vemos, por consiguiente, asociados los tres elementos fundamentales: *Inteligencia*, *Fuerza* y *Materia;* a *la inteligencia* algunos la llamaron el dios creador; a *la fuerza*, el dios conservador, y a *la materia*, el dios de la destrucción, porque entonces podían presumir que la materia se podía destruir; no conocían aparentemente la evolución de la materia, ni tampoco la del espíritu, aunque de ésta algo sospechaban, y creían en la metempsícosis; la religión hebraica y su hija la cristiana, así como la musulmana, admitían uno o varios cielos; esto era una especie de metempsícosis extraterrenal. La actividad de esa *trinidad universal* se manifiesta mediante *la evolución;* en cuanto al objeto que se propone con esa perpetua evolución, como somos incapaces de adivinarlo y comprenderlo, es inútil intentar de averiguarlo tampoco.

Evaristo García Alejaldre.

Madridejos, agosto 1922.

El Pensamiento y su funcionalismo

En el número del mes de febrero de esta misma revista fué benévolamente acogido en sus páginas un modesto trabajo nuestro sobre la acción del pensamiento.

Tal importancia reviste el tema, que hoy enfocamos nuestra disposición a su funcionalismo.

El pensamiento es la facultad por excelencia del sér humano, es la fuerza suprasensible, actualización en la mente de ese *prana* prolífico que engendra la vida.

El alma humana, para guiarse en su decurso evolutivo, necesita recoger esas energías latentes en nuestro fuero interno, por eso la abstracción, que es el principio de toda investigación, nos hace centralizar la mente, utilizándola a modo de espejo o pantalla donde sensibilizar la imagen de esa motilidad exterior del ambiente en que nos desenvolvemos, y como consecuencia de ello he ahí el porqué en filosofía hindú se dice que la mente es el gran destructor de lo real.

Cuando la Humanidad llegue a percatarse de manera incuestionable de que no es precisamente en lo *exotérico* donde están las fuentes de la sabiduría sino que es en lo *esotérico*, en un fuero interno en donde fluyen las aguas castalias del conocimiento, una aurora de paz surgirá a su presencia, buscando cada ser por su propio esfuerzo lo *sui generis*, pues coincidimos con Descartes cuando dice: «Para llegar a la verdad, es preciso, en un momento dado, desembarazarse de todas las opiniones recibidas y reconstruir de nuevo, y desde los cimientos, todos los sistemas de sus conocimientos.»

Sin recurrir a los campos de la Filosofía, el Arte, por boca de los *simbolistas*, se nos dice: «Aíslate. En arte no hay más que individuos, naturalezas. Toda estética preconcebida es vana. Sé un salvaje y un independiente. Nada importa en el mundo sino tu sinceridad, tu convicción. Ser «sí mismo». Nada hay bueno ni real fuera de eso. No hay escuela, no hay tradición: no hay más que tú.»

Veamos esta coincidencia en las dos manifestaciones del espíritu humano, concepto que no trunca principio alguno, sino que en esencia viene a decirnos, la Filosofía con su austeridad característica y el Arte con su espontaneidad típica, no que llevemos nuestro pensamiento tras de lo *sensacionalmente instintivo*, que nos hace incurrir en una coacción reflexiva, sino que cultivemos el *ego*, buscando en nosotros mismos la Verdad por

ejercicio de nuestra potencia psíquica como medio de realización de toda belleza y exacto cumplimiento del bien.

El problema del hombre ante el conocimiento ha determinado aquí en Occidente una enervación egotista, haciendo discurrir a la Humanidad por un atajo siniestro e induciéndola a la práctica de las energías psíquicas y mentales inferiores, abstraída en el mundo de los sentidos y soslayando el de los sentimientos, haciendo preponderar la idea del precepto y no la exteriorización del concepto; en una palabra: los occidentales hemos ido tras la Verdad en un habilidoso tanteo, formando nuestras concepciones biológicas de fuera hacia dentro, nunca de dentro hacia fuera, en un empeño de falsa posición, en un esfuerzo hipotético, esto es, con la *doctrina del ojo* y no con la *doctrina del corazón.*

No tratamos tan siquiera de combatir el sistema de especulación occidental llamado *racionalismo*, pero sí pretendemos criticar las gravísimas faltas de un método que ha exaltado lo *objetivo*, el culto pensante de la personalidad, el mundo de *Maya* (de la gran ilusión), descuidando lo *subjetivo.*

El funcionalismo del pensamiento en Occidente, en la forma que hemos apuntado, hace del hombre un explotador de la Naturaleza, y no un explorador de la misma. Las necesidades son casos de desposesión, más perentorios cada día, porque de esta forma lo que realizamos es una empresa de agotamiento, nunca un esfuerzo de renovación, de procreación del medio.

Ha sido la causa, este error de procedimiento, del desvío moral que en la cuestión religiosa, preciso es confesarlo, no acaba de aportar el precepto idolátrico, pagano, gentilista que hace de la divinidad un hecho íntegramente antropomórfico, convirtiendo esa elevada función social en un pugilato de exacerbadas diferenciaciones, que, por tanto, lejos de unir verifica lo contrario.

Tan tamaña es la trascendencia del caso que estudiamos, que nos atrevemos a decir que esa irredención social, que de un modo pesimista espíritus apocados interpretan, es un efecto de esa funcional pensante de Occidente que, utilizada como fuerza ciega, irrita los cerebros y degenera en este *nervosismo*, que se traduce en una especie de *proletariado intelectual.*

Las huestes occidentales no han salido de su barbarie, y lo que se llama *civilización* es un refinamiento de esa barbarie; por eso el momento actual es una fase de decadencia, de positivismo, de culto de la *personalidad*, aunque un movimiento de cohesión colectiva enmascare lo pasional-

mente egotista, que separa a los hombres del principio de fraternidad que toda sociedad ha menester.

Como el asunto que nos ocupa es de gran importancia y de mucha extensión, y a la vez es bastante enmarañado, prometemos seguirlo para fijar puntos concretos.

LUIS GONZÁLEZ-ORTIZ.

DE OCULTISMO ESPAÑOL

El Conde Alberto de Das [1]

Soy un defensor del Conde de Das o Sarak, como quiera llamársele. Diré también que tengo mis motivos para creer que todas o la mayoría de las historietas que se cuentan de él como hechos discutibles, criticables o malos son falsas; y tengo mis razones para creer que no era *mago negro*, si bien era un aventurero misteriosísimo, cuyos poderes o las cosas ocultas que por intermedio de él se manifestaban eran maravillosos.

Sé cómo se le ha perseguido por algunos *teósofos*, y me imagino que no era difícil en aquellos tiempos sacarle al buenísimo de Olcott el raro decreto de expulsión de todos conocido.

Por aquí anduvo aquél tres o cuatro años con intervalos, y lo frecuenté mucho. Vinieron aquí también acusaciones; pero yo, ya prevenido, quise observar y constatar por mi cuenta para juzgar, y diré que con él pasamos momentos espirituales felicísimos y de gran instrucción oculta.

Es claro que era un tipo raro y eran raras muchas cosas que pasaban con él. Tenía un carácter un poco endiablado (como el de Blavatsky), y había que comprenderlo para no echarlo a paseo algunas veces, como le sucedía al bueno de Olcott con aquélla.

No es cierto que haya violentado nunca a nadie para sacar dinero; él lo pedía, y cada uno contribuía con lo que quería. Él se dedicaba a esas cosas y necesitaba vivir, y era justo que lo buscara. Por lo demás, era ge-

---

(1) Das o Sarak falleció en el Principado de Mónaco el 10 de diciembre de 1919. Dejó allí tres hijos de su segunda mujer: Alberto, Elvira y Edmundo, que hoy están en Montevideo, en casa de la familia de la madre. Falleció de arterioesclerosis y corazón. En fin, en una próxima le hablaré largo sobre él. (Véase en el núm. 3 de HESPERIA el artículo con este mismo título.)

neroso y obsequioso en todas formas, gastando abiertamente el dinero con quienes lo daban.

Digo que dudo grandemente de lo malo que de él se dice, porque aquí se le acusó en los diarios que había robado 5.000 pesos al padre de una muchacha que festejaba; que había pretendido estafar 8.000 pesos a otro por curar magnéticamente a una enferma; que estaba perseguido por la policía aquí y en Buenos Aires, y todo era una absoluta falsedad, siendo, al contrario, en el primer caso al revés, pues el padre de la muchacha lo había estafado a él en 500 pesos; me consta.

Yo escribí al diário diciéndole que todo lo que decía era falso, y que si quería comprobar lo que yo decía, que viniera cualquiera aquí y se lo comprobaría completamente. Es claro, se hicieron los sordos.

De las cosas pasadas en Buenos Aires dudo muchísimo de que él fuera culpable, como se dice, por esa misma razón y porque tengo ciertos indicios de parcialidad en algunos de los que las han propalado.

Igual creo que habrá sucedido en todas partes. Habría que conocer exactamente cómo fué el asunto de «El Toisón de Oro de Don Carlos» para distribuir responsabilidades.

Yo he visto individuos muy encopetados y aparentemente veraces que decían falsedades de Das, no sé por qué.

El hombre era interesantísimo y producía los mismos fenómenos que describe Sinnett que hacía madame Blavatsky. Apareció en Occidente casi junto con ella y llevó a todas partes la idea de la existencia de las jerarquias superiores, de los Maestros y de los poderes psíquicos latentes en el hombre que él evidenciaba. Era un servidor de seres superiores indudablemente, porque había que ver en los trabajos la sumisión y obediencia sin límites que demostraba. Su vida no era una vida de placeres, porque, si bien es cierto que al principio todo marchaba bien donde llegaba, después de cierto tiempo se presentaban hechos raros que daban lugar a dudas y conflictos que lo ponían en situación violenta y lo obligaban a tener que pensar en irse a otro lugar ya en condiciones económicas desfavorables por el desbande de cooperadores.

Observando con calma esa odisea que pasó en todas partes y sabiendo también que H. P. B. tuvo también sus dificultades por su carácter raro y violento a veces, he llegado a pensar que si esos dos seres raros hubieran podido conservar sus condiciones psíquicas y vinculaciones ocultas, al mismo tiempo que una normalidad corriente en sus demás relaciones mundanas, la gente se hubiera fanatizado de tal manera con ellos, que los hubiera convertido en dioses.

Era conveniente fueran como eran indudablemente, porque su misión era despertar, no fanatizar, y así los pobres fueron aporreados de todos modos. Si H. P. B. fué mártir, Das también lo fué; cada uno en su lugar.

El bueno, con Das, se hacía mejor, y el malo se evidenciaba seguramente, y a ello se debe mucha de la propaganda hecha en su contra. Individuos que cerca de ese foco de fuerza vibraban demasiado rápido se irritaban y veían visiones y hasta calumniaban.

Si juzgamos a Das por lo que dicen algunos diarios y algunos de sus detractores, es lo mismo que si juzgáramos a H. P. B. por lo que dijeron los Coulombs o la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. En cuanto a Sarak, yo he visto en los diarios maldad y falsedad evidentes en todas las publicaciones que se han hecho en este país en su contra. Tengo derecho por ello de pensar que en otros países habrá sucedido tres cuartos de lo mismo.

Es natural que el público grueso no podrá nunca mirar las cosas profundamente y verá lo que le hacen ver los *sabios* de los diarios que lo ignoran todo.

Blavatsky trajo la enseñanza y Sarak difundió la parte psíquica y maravillosa que aquélla no podía divulgar; los dos cumplieron una misión.

Hermes.

Rosario, Argentina y julio de 1922.

Si juzgas, absolverás.

Aquel buen juez era implacable.

Con sus gafas ahumadas sobre la punta de la nariz, alzaba la cabeza sobre el pecador que tenia por delante, tembloroso de miedo, con la cadena al pie.

El Código, sobre el pupitre, abriase en cruz como un suplicio.

Para cada delito una pena: la horca, el palo, el calabozo, el estigma...

El buen juez implacable oyó que alguien le llamaba una vez; pero no vió de pronto quién...

Sorprendido, buscó.

Y al fin notó que de si mismo iba saliendo otro él (otro buen juez sin gafas, sin toga, sin Código) que le llamaba.

—¿Qué me quieres?

—Saber de tu oficio. Habla.

—Juzgo y castigo.

—Cuenta.

—Este (y señalaba a un legajo de grasos folios amarillos) asesinó. Fué quemado.

—No viste bien en él. Estaba loco. Has matado a un insano.

—Este otro...

—Tenía una conciencia de niño, en un cerebro de bestia. Cayó un ciego, y le mataste por ciego.

—Y éste..., y aquél...

—La embriaguez le empujó... La pasión desbocó sus instintos... El hambre..., la herencia..., el miedo... El pensamiento ajeno que le cogió la mano... La voluntad de otro que le echó entre las brasas...

—¿Entonces...?

—No has sido juez. Has herido como ellos: por ignorancia, por miedo, por venganza, por flaqueza de espíritu, por niño.

—No fui yo, sino el Código.

—¡Tú, tú!, que has buscado en el Código el fundamento de la pena en vez de buscar en el sér del penitente la causa del delito. Si hubieras hecho eso no habrías duplicado en el cuerpo de Juan el homicidio que éste perpetró en el de Pedro. Has sido uno de tantos. Un criminal con toga nada más. Como a ellos, te faltó conocer.

Y prosiguió:

—Juzgar no es aplicar la pena. No es tender una línea entre la culpa y el Código. Juzgar es comprender la causa para ascender por ella al beso compasivo.

«Quien juzga absuelve.»

«Quien lee en el Código quema al criminal; pero quien lee en el criminal quema al Código.»

SANTIAGO ARGÜELLO.

TU SOMBRA

«Contemplaciones»: Vol. II, p. 212.—Victor Hugo.

¿No reflexionas cuando miras tu sombra?

¿Esa forma salida de ti, reptante, horrible, obscura, que, ligada a tus pasos como un viviente espectro, a veces va detrás y a veces adelante, que hace alianza con la noche, su funesta hermana mayor, y que protesta contra la luz con negrura y con dureza, de dónde viene? De ti, de tu carne, del limo, con que se reviste el espíritu al convertirse en demonio; de este cuerpo, que creado por tu primera falta, habiendo rechazado a Dios, se resiste a la luz; de tu materia, ¡ay!, de tu iniquidad. Esta sombra dice: Soy el sér de flaqueza; he caído ya, puedo volver a caer. El ángel deja pasar a través de sí la aurora; ningún simulacro obscuro acompaña al cuerpo aromal. Hombre, todo lo que hace sombra, antes ha hecho el mal.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.